

SINFONÍA DEL AÑO

Es propiedad del autor.

SALVADOR RUEDA

SINFONÍA DEL AÑO

POEMA



MADRID
Imp. de LA PUBLICIDAD, Valenzuela, 6
(Junto á la puerta de Alcalá)
1888

MI querido Pérez Nieva:

En tu propia mesa has visto escribir este poema en el espacio de algunas horas.

Su dedicatoria te pertenece por derecho propio. Tú, que tan bien escribes, ten benevolencia para tu amigo

Bueda.

MADRID, DICIEMBRE 87.

PRIMAVERA

SINFONÍA DEL AÑO

PRIMAVERA

I

El germen revive y horada la tierra;
el cesp ed despunta y el suelo recama;
las bardas de hojas deshacen sus brotes
mostrando en sus puntas las lilas moradas.

Cepillo de piedra
la guija, hace locas virtutas del agua.

El alma revive,
y el sol elabora con rayos de oro
la flor en la rama.

II

Su muestrario de colores
despliega la mariposa,

y por el verde capullo
asoma, viva, la rosa.

III

Rondan las abejas los frescos rosales;
echan sus penachos los cañaverales;
dejan los reptiles su sueño tranquilo,
y baja la araña pendiente del hilo.

IV

El manantial en la fronda
su música hace sonar;
una gota hace *tilin*;
y otra gota hace *taldn*.

V

Su cuerpo de culebra
escurre el manso viento;
remueve los ramajes,
orea los insectos,
el dedo unta en las flores
y chúpalo sediento;
fatígase, se afana,
y á tierra echando el vuelo,
reclina la cabeza
en un botón abierto.

VI

Inquieta y movable,
pequeña y redonda,

es duende del agua
la burbuja loca.
El iris la pinta,
el aire la sopla,
su origen la crea
pupila graciosa.
Es punto de randa,
lunar de la toca,
brillante movable
que tiembla y que flota.
Borda las orillas,
engarza la roca,
las flores salpica,
y el musgo corona.
Dejadla que brinque,
dejadla que corra
la idea del agua,
la burbuja loca.

VII

El pez en el estanque,
deshecho el duro hielo,
desliza bajo el agua
su góndola de fuego.

VIII

De fimbrias vistosas recámase el prado;
el lirio enarbola su hisopo morado;
enredan las zarzas sus velos oscuros,
y van las madre selvas sobre los muros.

IX

Rezan las beatas el santo rosario;
sube el Nazareno al monte Calvario;
se abren las iglesias medrosas y opacas,
y en la torre suenan las roncadas matracas.

X

El ave *humana*, la golondrina,
se cuela, sin permiso, por las ventanas;
lanza píos sonoros bajo los techos,
ruido de abanicos forman sus alas.
Recostado en su cuna la mira el niño,
que tras su vuelo errante la vista vaga;
á la madre le pide que la detenga
y ella finge ademanes para alcanzarla.

La que llevó lazo azul,
vuelve con lazo de grana.
¡Es el querido recuerdo
de otros seres y otra patria!

XI

Cesó el arisco gato
en su romanza ronca,
y comenzó á seguirla
la cándida paloma.

XII

Forma la lluvia sus chasquidos huecos,
desfleca el aguacero su cortina,

y una línea de sol rubia y divina
brilla y traspasa los radiantes flecos.
Alzando el agua susurrantes ecos,
imita en el rosal su cavatina;
el rumor de las trompas en la encina,
y ecos de caja en los arbustos secos.
Cubre el agua los términos distantes;
Abril baña sus tintas y colores,
para lucirlos luego más radiantes.
Joyas son los capullos y las flores,
y de un tropel de chispas de diamantes.
los empiedra la luz con sus fulgores.

XIII

Las flores del almendro
y las de obscuro tono
violetas delicadas
de cáliz oloroso,
tuvieron una apuesta
en un jardín frondoso,
á ver cuáles salían
más bellas y más pronto.

XIV

Redondo traza el pájaro
su misterioso nido,
igual que la corona
del manso Jesucristo.
El *algodón* del sauce
y el blanco del espino

recoge de los bosques
para enguatar su asilo.
Adórnalo con plumas
de su ropaje mismo,
y pone á sus hijuelos
en el caliente círculo.

XV

El cisne limpia su pluma,
echa á las ondas su nao,
y se desliza solemne
por la Venecia del lago.

XVI

Cuájase la *ayosa*,
se anima el aprisco,
y á jugar á la alegre rayuela
van los chiquillos.

XVII

Estación hermosa,
dulce primavera,
¡á tu impulso florecen las almas
y es nido de amores la tierra!

ESTÍO

ESTÍO

XVIII

Doctor es el higo chumbo,
estudia ciencia de espinas,
y en el ilustre birrete
le sale borla amarilla.

XIX

El tronco echa sus gomas del sol al rojo brillo;
la abeja unta en las flores sus patas de amarillo;
la rana da en la peña, dejando el agua rota,
y templea el grillo negro su lira de una nota.

XX

Se lanzan las crías
á ensayar el vuelo,
y todo se vuelve piar en las ramas
y ruido y misterios.

XXI

El mirlo se pone
su levita negra,
y por los faldones le asoman las patas
de color de cera.

XXII

Pendiente entre flor y flor
de un hilo leve de araña,
el gusano se columpia
como en mecedor de plata.
Sueña en la esfera redonda
de la teñida manzana,
que habrá de darle un asilo
entre su carne aromada.

XXIII

Tienden las palmeras
sus arcos flotantes,
como laberinto
de columnas árabes.
Sus mil abanicos
refrescan el aire
y arrullan la siesta
con ruidos vibrantes.
En los verdes bosques
simulan encajes
y templos soberbios

y selvas de alfanjes.
Alzándose enhiestas
en rocas distantes,
se entienden, y besan
por medio del aire.
Vigilan el amplio
desierto gigante,
y velan el sueño
gozoso del árabe.
A la caravana
dan sombra inefable,
y oyen del serrallo
las zambras brillantes.
La esfinge coronan
con palio flotante,
¡y á Cristo celebran
del templo en las naves!

XXIV

Enseñan desde el tiesto
los tallos de albahaca
sus miles de olorosas
hojuelas de esmeralda.

XXV

En el intenso rayo de tintas foscas
bailan sus rigodones las pardas moscas;
sacuden y apalean, batiendo el ala,
los átomos que, viva, mueve la escala.

Una mosca se cierne y otra se agita;
otra en el rayo de oro se precipita;
ésta zumba, da vueltas y se alborozaba,
y aquella que la sigue sus alas roza.
El aire caprichoso la cinta oreaba
y en ver el raro baile se regodeaba,
hasta que hace, soplando loco y sin tino,
con chispas, sol y moscas un remolino.

XXVI

Rendido al mar de llamas
que baja de la altura,
la sombra busca todo,
la sombra y la frescura.
Y sólo los lagartos
se asoman al boquete,
vestidos con casaca
del siglo diecisiete.

XXVII

El mar de los trigos
ondula sonoro,
y forma rompientes
y espumas de oro.

XXVIII

Engarzada en una piedra
como luciente esmeralda,
sobre los lagos azules
canta en la noche la rana.

XXIX

Brillan los relámpagos,
ruge la tormenta,
bailan los granizos
en las chimeneas;
el chubasco alegre
de redondas perlas
pica en los cristales,
bota en las monteras,
vibra en las campanas
y el campo apedrea.
Unas forman tímpano
sonando en las tejas,
otras por las ramas
del arbusto ruedan.
Allá va el chubasco
de crujientes perlas
haciendo al ganado
correr por la vega,
dejando tan sólo
tras sí, como estela,
el acre perfume
que exhala la tierra.

XXX

Corren los conejos y los saltamontes,
unos dando saltos y otros dando coces.

XXXI

Por el tallo elegante de la azucena
sube un hilo movable de hormigas negras;
van á ver de su cáliz los amarillos
pétalos, que parecen breves martillos.

XXXII

San Juan y San Antonio,
dos buenos santos,
uno lleva verbenas,
y otro noviazgos.

XXXIII

La pámpana tiembla como una esmeralda
de las que del tronco forman la guirnalda,
y cuando la cepa rebosa de brío
su cráneo corona de pompa el estío.

XXXIV

Las redes sigilosas se tienden en los mares
y copan y seducen los peces á millares;
después, cuando en la arena la malla les esquivo,
se agitan cual puñales de plata tersa y viva.

XXXV

El pollo rompe el huevo
con el ansioso pico,
y sale de su cláustro
diciendo *pío, pío*.

XXXVI

Bajo la parra frondosa
una misa se celebra;
los fieles son oficiantes,
y el altar es una mesa.
El sacerdote que escancia
alza el cáliz en la diestra
lleno de sangre de Cristo
que al topacio se asemeja,
y la faz mostrando al templo,
dice al rebaño que reza
al son del *órgano moro*:
—¡Señores, viva la *juerga!*

XXXVII

Sacude el tridente
la parva en la era;
la paja se huye
y el grano se queda.
Al revés sucede
con alma y materia;
el cuerpo sucumbe
y el alma se eleva.

XXXVIII

Engulle el gusano
del moral la hoja,
y forma su celda
brillante y sedosa.

XXXIX

Vibra sus gotas el tremedal,
y los *insectos* van por aquí
y las *avispas* van por allá.
Cinifes leves corren sin fin
sobre la fuente como el cristal;
el *abejorro* toca el timbal
y el *violero* su violín.

XL

Sus élictras moviendo, colgada de una espiga,
preside la cigarra las fiestas estivales;
su canto no conoce la lánguida fatiga
y son en la natura sus ecos inmortales.

Su voz cascada y bella madura los racimos
templados en la tierra del sol por los calores,
y tiñe de los frutos espléndidos y opímos
la piel iluminada de vívidos colores.

Es ella la que canta la música que escribe
el rayo del estío sobre la fuente rota;
es la que entre las frondas y los ramajes vive,
es el verano ardiente metido en una nota.

OTOÑO

OTOÑO

XLI

Saltan los chorros
de mosto turbio
desde las prensas
hasta los cubos.
Los lagareros
pisan el fruto,
bailando alegres
su baile rudo.
Chupan las moscas
el dulce jugo,
volando en libre
tropel confuso;
suena la copla,
crujen los músculos,
baten y baten
los pies forzudos,
y los lagares
rompen en júbilo,
cual los carbones
en vivos puntos.

XLII

Huyen los pájaros
en caravanas,
tras otros cielos,
tras otras playas.

XLIII

Islas de luces fingen
los camposantos
en la noche solemne
de Todos Santos.

XLIV

Resuenan las campanas
doblando por los muertos,
y forman los cordeles
chasquido de esqueletos.
Las ánimas agitan
sus alas de vencejo
y beben de las luces
los trémulos reflejos.
Resuena en los hogares
hervir de leves rezos
y en tiempos que pasaron
se pierden los recuerdos.
La noche se desliza
como un fantasma negro,
en tanto las campanas
sollozan por los muertos.

XLV

Dispara la castaña
su tiro en la ceniza,
y el gato pega un brinco
cayendo de la hornilla.

XLVI

La nuez redonda
desgarra el seno,
y de su cráneo
muestra los sesos.

XLVII

Rebana la cuchilla las verdes puntas
del melón oloroso de carne blanca,
y los niños imitan con los despojos
los sonoros platillos de la parranda.

El cuchillo afilado va dividiendo
en cascos perfumados la dulce fruta,
y estrellada en la fuente que la contiene,
se abre en círculo blanco de medias lunas.

XLVIII

En el ojo de coral
del higo fresco y tardío
titila por las mañanas
una gota de rocío.

XLIX

Ya pasa la noche; ya el día alborea;
ya en la zafería la gente despierta;
ya filo sacando en la áspera piedra
los de la matanza cuchillos resuenan.
Gruñe en la pocilga la víctima horrenda
cerca del molino que el trabón sujeta.
Sueltan las carlanças los perros que velan
y miran la luna trepar por la sierra.
El trampal lejano sus aguas despliega,
donde persistente la luz cabrillea
y donde en los círculos que se abren y tiemblan
hunde el somormujo la loca cabeza.
Canta en la ramiza la brisa secreta
sus himnos al alba que puros se elevan.
El son del ramblazo que mueve las piedras
atruena los valles con ecos de guerra,
y abriendo sus arcos en lienzos de perlas
los riscos sacude la atroz torrentera.

Ausente el zamarro del cuerpo que muestra
forzudo labriego el cerdo sujeta,
y los que anhelantes á auxiliarle llegan
colocan la víctima en sólida mesa.
Dispuesto el lebrillo, la sangre lo llena
en caño caliente que ruge y humea
y mueve una mano de tosca doncella
ceñida con guante de tinta bermeja.
Los roncós gruñidos atruenan la aldea,
briosos primero, más tarde sin fuerza.
Descienden la víctima, y fija en la tierra,

la rajan, la cortan, la limpian, la pelan,
hasta que de tronco que el techo sujeta,
pendiente, en el plato su sangre gotea.

Con esta hecatombe las risas alternan
y corren las copas, de vino repletas,
en tanto el sol clava sus lanzas y flechas
sobre la parriza que cubre la escena.

L

Encerrada en su marco de paredes,
el agua soñolienta y mortecina
tiene el mirar de los semblantes tristes
y el tono muerto de la azul pupila.

LI

De la tramontana
llega el soplo frío
á estrellar sus alas
en los frontispicios.
La escarcha brillante
encubre los vidrios
de blanco clorato
menudo y pulido.
Su sabor de joven
deja el nuevo vino;
truenan de la caza
los alegres tiros;
empieza en los campos
la siembra del trigo,

y vuelve la alondra
trayendo en el pico
la sarta de notas
que forman su himno.

LII

Celebra la morcilla
sus bodas con la llama
en medio del hornillo
y en noche de matanza;
y entre el humazo negro
retuércense y estallan,
los besos de la lumbre
con besos de la grasa.

LIII

Tras de la liebre
los perros vuelan,
en raudo grupo
de líneas rectas.

LIV

Sometido á las leyes del remolino,
el baile de las hojas forma su danza,
y empujado en las alas del torbellino
gira y traza las vueltas de su mudanza.

El aire arrebatado mueve las frondas
arrancándoles quejas tristes y graves,
y en el abierto espacio suenan sus ondas,
como el órgano truena bajo las naves.

Las hojas temblorosas dan su lamento
ansiendo que la tierra sus tumbas abra,
pero sus mil zurriagos sacude el viento
y acelera la horrible danza macabra.

Cabalgando en confusa tromba de oro
rozan las sueltas hojas los campanarios,
pasan sobre el torrente libre y sonoro,
cruzan campos desiertos y solitarios.

Las cruces enclavadas en los senderos
rodean de crujientes locos collares,
emprenden de las selvas los derroteros
y pasan por los montes y por los mares.

En tanto que en dorados giros inquietos
avanza el torbellino de las escamas,
claman al alto cielo los esqueletos
alzando los terribles brazos de ramas.

LV

Apaga la dalia
su luna de fuego
y queda de flores
el campo desierto.

LVI

Rendido de su lucha
constante con las jaras
el leñador retorna
hacia su humilde casa,

y escucha los silbidos
del huracán que brama
y estrella sin clemencia
las piedras en su cara.

LVII

Los rayos de la tarde las nubes arrebolan
y bordan de oro vivo su chal de felpa roja.
Ciudades incendiadas de nieblas vaporosas
elevan sus veletas, sus cruces y rotondas:
En fondo de zafiro resalta una pagoda
con árabe portada y cifras misteriosas.
Al lado, un alto templo sin ruido se desploma,
y troncha sus columnas y apaga sus antorchas.
Filados caballetes de verde, azul y rosa,
sus rayas de colores encienden en la sombra.
La punta de un cimborio que el sol poniente dora,
enseña azul fantasma de túnica espaciosa.
Ya es un alado mónstruo lo que la niebla forja,
ya un moro con turbante bañado en luces rojas,
ya es llama de Vesubio que la ciudad destroza.
y graba entre las ruinas los versos de Rioja.
El golfo de colores que el vivo ocaso forma,
radiante parpadea con luz deslumbradora.
Después los tonos fuertes apagan sus auroras,
los rojos se disuelven en ráfagas de rosa,
los verdes se amortiguan, los cárdenos se borran
y el púrpura y morado se funden con la sombra.

Un himno de mil ecos, el de la tierra toda,
se eleva de las calles de la ciudad ruidosa;
del templo del trabajo donde las ruedas roncadas
al toque de oraciones suspende sus estrofas,
del seno de las aguas, del velo de las frondas,
y todo se concilia en la solemne hora
en que del vago Otoño la tarde melancólica
esconde de sus luces las gradaciones rotas,
y espira, como espiran la música y la copla.

INVERNO

INVIERNO

—

LVIII

Ya brilla en la calle el rojo brasero
y oscila su llama al soplo del viento;
ya gime el castillo de maderas hecho
y crujen sus muros con ruido de incendio.
Por las mil ventanas que forman sus huecos
asoman las lenguas azules del fuego.
Los lirios de llama, titilan al beso
del aire que riza sus hojas y pétalos,
y lamen temblando los carbones negros
que rompen y estallan en átomos trémulos.
Ruedan de la torre los leves cimientos
al son de las salvas que brotan su seno.
Los rojos carbones se parten en bellos
rubíes que bordan el vivo brasero,
y cuando la racha sacude el incendio,
recruje y se embosca en chispas de fuego.

LIX

En los azules lagos
que adormeció el invierno,
tras de los patos corren
los cazadores diestros,
y el lago que los mira
está copiando atento
la alegre cacería
en su brillante espejo.

LX

Las gallinas se espulgan en el estiércol
y forman repetidos sacudimientos;
con las patas tenaces hienden el suelo
y se cubren de escombros y de fragmentos
que echan en alto y paran sobre los vuelos
para otra vez lanzarlos y recogerlos.

El gallo que se abrasa de ardiente celo
camina de soslayo dando rodeos,
y arrastra el ala abierta, rígido el cuello,
en la vuelta que airoso va describiendo.

LXI

Encubre la masada
el manto de la nieve
y en el marjal lejano
sus blancos copos tienden.
La hacina de sarmiento

nevada resplandece,
y el espigón fragoso
que la neblina envuelve.
En el escriño comen
bajo el chozín, los bueyes,
cubierto por las plumas
de la brillante nieve.
En el saliente rafe
el blanco cristal pende,
y cuájase el regajo
en garrapiña leve.
De la nevasca el soplo
la rota lluvia cierne
que en las abruptas rocas
del pedriscal se extiende,
y en tanto que los campos
se embozan en la nieve,
en el hogar el hombre
la fogarada enciende.

LXII

Vienen por los caminos
en sus caballos
trotando desde Oriente
los reyes magos.

LXIII

Brilla entre luces
el nacimiento,
con sus pastores, con sus ovejas, con sus corderos.

LXIV

Las alas del aire
que medrosas sueñan,
se cuelan de noche
por las chimeneas.

LXV

Tocan á maitines las dulces campanas
y la gente alegre al templo se lanza.
De las altas bóvedas penden las arañas
que bañan en luces sus flecos de lágrimas.
Truena la zambomba como una descarga
y el órgano ríe, alégrase y canta.
Circula la gente por las naves largas
con vago zumbido de lentas pisadas.
La forma divina, y mística, y blanca,
asciende entre el humo de esencias quemadas;
repican las breves campanas de plata
y Cristo celebra su nueva llegada.

LXVI

La triste gota
suena en la cueva
como el quejido
de un alma en pena.

LXVII

Sacuden los grajos
sus ropas de invierno,
y pasan graznando
como hablan los viejos.

LXVIII

La vieja cascada
recita sus cuentos
mientras el chubasco
sacude los techos,
y está la lechuza
metida en su hueco
mirando la noche
con ojos siniestros.

LXIX

Como un fantasma blanco
arrástrase la niebla,
subiendo por los picos
de largas cordilleras.

LXX

Por el alero
corren los duendes
y las canales
alzan y mueven.

Formando largo
cable pendiente,
de las repisas
locos se mecen.
Saltan las tejas
en brinco alegre
y el cráneo asoman
por los boquetes.
El niño escucha
sus pasos leves
y entre las mantas
su rostro envuelve.
Huellan los techos
que se estremecen
en la callada
noche solemne,
hasta que el juego
de vanos duendes
deshace un rayo
de sol que viene
como una espada
desde el Oriente.

LXXI

Entre ramblazos y nieblas
marcha el pobre caminante;
Dios ilumine su senda
y los escollos le aparte.

LXXII

A la mesa santa
en la Nochebuena
todos menos uno
á cenar se sientan;
y la pobre madre
que oculta su pena
el llanto se borra
que en sus ojos tiembla.

LXXIII

El pino resiste
la loca galerna
y esgrime luchando
sus porras tremendas.

LXXIV

Muestran los olivos su fruta redonda
y las largas varas castigan las hojas.
Los lienzos extienden sus pliegues y orlas
bajo los penachos que al peso se doblan.
El cuadro animado de mozos y mozas
recita sus cuentos y canta sus coplas,
y por el ramaje descenden las bolas
formando el repique de lluvia briosa.

LXXV

La lumbre del crepúsculo
desmaya por los campos
vertiendo silenciosa
las sombras á su paso,
y vienen del convento
adusto y solitario
del órgano las voces
y el eco de los salmos.

LXXVI

Al rumor del morisco pandero ronco
canta la tierna abuela su copla rancia,
y la momia del viejo de acento bronco
en la copa luciente su vino escancia.
Los locos rapazuelos corren sin tino
por la extensa cocina de humo cargada,
mojando los buñuelos en dulce vino
ó en miel, por las abejas elaborada.
Los cazos y peroles mueve la moza,
haciendo las comidas y los manjares,
y va y viene la gente que se alboroz
al rumor de las risas y los cantares.
Iluminan la estancia pobre y terriza
y el cuadro de ternuras y gracia lleno,
el candil y la llama que se desliza
por el tronco nudoso del nochebueno.

LXXVII

Suena su último son la sinfonía
y al eco torna del compás primero;
el mismo vals, perenne y duradero,
sigue y sigue su eterna melodía.
Corre muda la noche tras del día,
y preside las tardes el lucero;
el agua fluye por igual sendero,
y sucede á las penas la alegría.
Cayendo el tiempo de invisible mano,
dividirá en estancias luminosas
el año nuevo, del que espira hermano;
y seguirán su evolución las cosas,
la simiente trocándose en gusano,
y el gusano labrando mariposas.

FIN

